

Argentinos 2008

Por Guillermo Oliveto

Para LA NACION

Noticias de [Opinión](#): anterior | siguiente

Martes 15 de enero de 2008 | **Publicado en edición impresa**

Para tres de cada cuatro argentinos el Bicentenario de la Revolución de Mayo es un hecho relevante. Interrogados sobre los motivos en el transcurso de una encuesta, el 36% dijo que fue cuando "empezamos a ser libres y a depender de nosotros mismos" .

Es en esta respuesta de "la calle" donde se revela la trascendencia del momento que estamos viviendo. La libertad es una moneda de dos caras. Y su anverso es algo que suele pasarse por alto: la responsabilidad.

Los niños y los adolescentes necesitan de los padres y de los maestros. Para que los eduquen y para que los cuiden. No saben. Son "in-expertos". En su ignorancia y en su inocencia, no pueden ser enteramente responsables. Para la ley, que no es otra cosa que el gran acuerdo escrito que permite la convivencia social, lo serán cuando se conviertan en adultos. El desarrollo y la maduración es un lento proceso que se forja en la fusión del legado teórico con las crudas lecciones de la experiencia práctica.

Durante muchos años, los argentinos nos comportamos como si fuéramos niños o adolescentes. Tomamos la libertad pero no nos hicimos cargo de un modo pleno de la responsabilidad que implicaba. Ante cualquier dificultad, pusimos la culpa afuera, y buscamos la salvación individual. ¿Estamos hoy como sociedad dejando atrás la inmadurez y comenzando a asumir la responsabilidad de nuestro destino colectivo?

Quizá para algunos ésta no sea más que una expresión de deseos, prácticamente una utopía. Es posible.

Sin desconocer los lógicos argumentos de ese escepticismo -lo avala una buena parte de nuestra historia-, voy a reflexionar sobre algunas otras respuestas que nos dio "la gente" en la última encuesta que realizamos en la consultora dedicada a la investigación de mercados CCR, junto con la escuela de negocios de la Universidad Austral.

Interrogados sobre nuestras principales virtudes, nos vemos a nosotros mismos como "humanitarios, afectuosos, generosos, buena gente" (29%), "comunicativos, amigables, expresivos, familiares" (16%) y perseverantes, pacientes, luchadores, trabajadores (19%). El espíritu latino y la impronta inmigrante aún están a flor de piel. Somos de "sangre caliente" . Y no sólo nosotros lo vemos así, sino que también lo perciben nuestras visitas. Una de las cosas que más destacan los turistas, que en un número cada vez mayor llegan por aquí -2.6 millones de extranjeros en 2007-, es la calidez de nuestra gente.

A la hora de hablar de nuestros defectos surge un bien entrenado espíritu crítico. Nos definimos como "irresponsables, ventajeros, chantas" (24%), "creídos, fanfarrones, agrandados, soberbios, egocéntricos" (23%), "individualistas, ambiciosos" (12%). En síntesis, nos creemos más de lo que somos. Una impronta sintetizada maravillosamente por aquel viejo chiste que señala que "el gran negocio es comprar un argentino por lo que vale y venderlo por lo que cree que vale" .

Es sabido que "la metáfora es el lenguaje de los dioses" . En un mundo donde sobreabunda la información, resulta un preciso instrumento para simplificar lo complejo. Le pedimos a la gente que definiera, por medio de figuras públicas, las metáforas de nuestra sociedad. ¿Quiénes son los argentinos que hoy mejor nos identifican, considerando nuestras virtudes y nuestros defectos?

Los dos grandes elegidos fueron Diego Maradona y René Favaloro. "El Diego" opera como una perfecta síntesis de la argentinidad individual. Lo afectivo y lo soberbio. La inestabilidad como condición natural. La historia de su vida se ha caracterizado por la extrema ciclotimia. "De la gloria a Devoto" es un camino que conoce de memoria.

Tan imprevisible en sus jugadas, hijas de su maravilloso don y de su actitud ganadora; como en su vida, hija de sus fortalezas y debilidades, tan humanas como las de cualquier otro.

Favaloro, por su parte, es también una perfecta síntesis, pero de la argentinidad colectiva. Expresa el talento y la impotencia. Genial creador de una técnica que salvó miles de vidas en el mundo. La máxima expresión de esa pasión que es la medicina. Un orgullo para el país. Auténtica producción local de calidad global en una disciplina de alto valor agregado y enorme complejidad. Y, a pesar de todo esto, tiene un final trágico. A él también, como a tantos otros, "se lo llevó puesto la crisis".

Una crisis que es imposible olvidar. Que sigue estando muy presente. ¿Qué aprendizaje nos dejó? Hay una respuesta que lo dice todo: "Desconfianza" (56%).

Para el Diccionario de la Real Academia Española la confianza es "la esperanza firme que se tiene de algo o de alguien". Para Wikipedia, "cuando la confianza se pierde, es por agotamiento emocional". En el desmadre de 2002, nuestras emociones no sólo se agotaron sino que se desgarraron. En su libro titulado, justamente, *Confianza*, el controvertido intelectual americano Francis Fukuyama señala que "una de las lecciones más importantes que podemos aprender del análisis de la vida económica es que el bienestar de una nación, así como su capacidad para competir, se halla condicionado por una única y penetrante característica cultural: el nivel de confianza inherente a esa sociedad".

De un modo intuitivo, la gente sabe de lo que está hablando Fukuyama. Sin confianza estamos condenados al individualismo extremo y al corto plazo. Enfrentados al límite, es posible que muchos reaccionen así. Casi natural, podríamos decir. Para vivir, primero hay que sobrevivir. Superada la crisis, hoy nuestros deseos son otros. Como animales sociales que somos, nacimos para estar juntos. Es tan difícil, arduo y conflictivo, como humano. Tenemos, además, la capacidad de imaginar, de ver más allá del hoy. Por más que la actual cultura posmoderna nos haya embarcado en un frenesí de presente amnésico, no podemos resistir la tentación de preguntarnos sobre el futuro.

A la hora de pedir, los argentinos piden un "crecimiento generalizado del país, que todos estemos mejor"(47%). Incluso los jóvenes, a quienes tanto se ha subestimado últimamente, expresan con precisión y claridad la fuerte necesidad de recuperar el espíritu colectivo aunado detrás de un proyecto de mediano plazo. La gente está cansada de la inestabilidad que ya es una marca registrada de la Argentina.

Como nueva metáfora del éxito, eligen a Ginóbili. La síntesis que aúna el esfuerzo, la solidez, la estabilidad, lo previsible. No es la imagen de la Argentina que somos, sino de la que deberíamos ser. El Bicentenario tiene el poder simbólico de un nuevo punto de partida.

Dicen que en 2001 "se cayó la *matrix*". Ahora pueden ver. Aprendieron que si a ellos les va bien, pero a los demás no, a la larga, no sirve. Y esta vez, quizá como un sentimiento inaugural, quieren cosas "a la larga". Está latente en nosotros el anhelo de recuperar la confianza que nos permita reconstruir la comunidad. Esa palabra que, como bien dice Bauman, además de significado produce una sensación, una buena sensación